

## El Abrigo Pardo

no lo sabe y él no puede decirselo.

—Bueno, pero si él se lo dice a su mujer, ¿no nos lo dirá también a nosotros? —replicó agriamente el Profesor.— Si Dolan quiere decirle, y puede decirle, a su mujer, el paradero del dinero, empleando un gesto o una frase enigmática y ella tiene la necesaria inteligencia para entenderlo, ¡también la tengo yo!

Mallory quedó pensativo. Conocía a este viejo científico. Conocía también los enormes éxitos que se había anotado empleando sistemas completamente contrarios a los de la policía. Pero en este caso, persistía en sus dudas.

—Vea usted —dijo la Máquina— esto es lo que hay que hacer. Traigan a la mujer, háganla pasar por delante de la celda de Dolan, y hablarle, de modo que él la vea y se convenza de que es ella; luego, permítanles hablar, pero sin que se vean. Tengan preparado un taquígrafo, que sin que ninguno de los dos se aperciba, tome nota de toda su conversación, palabra por palabra. En seguida denme una copia de lo hablado y retengan a la mujer con cualquier pretexto hasta darme tiempo de estudiarlo. Si Dolan le da en su conversación alguna señal para encontrar el dinero, lo encontraré yo.

A pesar de su tono irritado, no había acento de superioridad en las palabras del Profesor. Parecía estar sencillamente relatando hechos. Mallory lo contemplaba, y aunque aun dudoso del resultado, consintió en el experimento. La esposa de Dolan fué mandada a buscar y acudió alegremente; fué pasada por frente a la celda de Dolan, mientras en la contigua estaba un taquígrafo. Al pasar frente a él, Dolan prorrumpió en una exclamación y se adelantó a hablarle, pero ella fué colocada fuera de su vista, si bien muy próxima a él.

Con el rostro comprimido contra los barrotes de su reja, Dolan miraba a Mallory y a Hatch, y su expresión era de terrible ferocidad.

—¿Qué hacen ustedes con ella? —gritó.

—Aquí estoy, querido —dijo ella.

—Ah, Belle, Belle, ¿eres tú?

—Me dijeron que querías hablarme —contestó ella, en tanto se debatía con fuerza para soltarse de las manos que la mantenían alejada de Dolan.

—¿Qué quiere decir esto, Mallory? —dijo Dolan.

—Bien, ¿no querías hablarle? Puedes hablar, pero no puedes verla.

—Ah, ¿así es? Para qué la han traído entonces. ¿Está detenida?

Siguió un silencio absoluto, mortal. Hatch se sintió sobrecogido por el pensamiento de que se había mezclado como, un intruso, en una tragedia de familia, y se sentía apesadumado; retrocedió hasta ponerse fuera del alcance de los ojos de Dolan, y se colocó cerca del Profesor, que, sentado en una banqueta y batiendo sus dedos unos con otros, atisbaba. A los pocos segundos se les unió el propio Mallory.

—¿Belle? —dijo al fin Dolan, casi en un suspiro.

—¡No hables! —gritó ella.—

Cunningham y Blanton me están

sujetando, y los otros están escuchando!

—Yo no pretendía decir nada —contestó Dolan serenamente—, sólo quería verte. Quería saber cómo te va. ¿Estás todavía en casa?

—No, estoy en casa de mi hermana. No tengo dinero y no podría quedarme en casa.

—¿Sabes que me van a mandar lejos?

—Sí —dijo ella, y en su voz se ahogó un sollozo —sí; lo sé.

—¿Sabes que me echarán el máximo, veinte años?

—Sí —contestó la esposa y rompió en sollozos.

—Oh —le interrumpió Dolan—, no te ocupes de eso; de nada sirve lamentarse de lo hecho. No ha salido como lo pensé, pero ya que así ha salido, le haré frente a la situación, querida. Obtendré todo el beneficio de una buena conducta, con lo que saldré ganando dos años, y entonces...

La voz de Dolan vibró con un acento de amenaza que no fué desapercibido para los oyentes.

Al oír la sollozar Dolan apretó sus labios, y en esos instantes se reprochó no haber matado a Blanton y a Cunningham antes que dejarse coger. Sin embargo, se sobrepuso.

—No sé —dijo— si acabarán por dejarme verte mientras no diga donde escondí el dinero; sé que no me dejarán escribirte por temor a que te lo diga en clave, y, por lo tanto, quizá sea ahora la última vez que estemos cerca tú y yo. ¡Cuánto lo siento!...

—¿Puedes arreglártelas? —continuó Dolan con solicitud.— ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

El la oyó llorando y se lanzó contra las barras en un arrebatado de pasión. Pero pronto se calmó. No debía olvidar que ella estaba sin un centavo y el dinero, esa vasta fortuna...

—Hay una cosa que tú debes hacer para mí, Belle —dijo después de un momento, más calmado. Diez y ocho años no es para siempre; somos ambos jóvenes, y... pero no importa eso. Deseo que me hagas el favor de ir al apartamento y... ¿te acuerdas de mi abrigo pardo, grueso?

—Sí. ¿El viejo? —preguntó ella.

—Ese —contestó él.— Hace frío aquí en esta celda. ¿Quieres ir al apartamento, cuando te suelten, y coser esa rotura debajo del brazo derecho y enviármelo aquí? Es, probablemente, el último favor que te pida por un largo tiempo, de manera que ¿lo harás esta tarde?

—Sí —contestó ella llorosa.

—La rotura está debajo del brazo derecho, y no dejes de coserla —dijo Dolan otra vez.— Tal vez cuando me juzguen tendré una oportunidad de verte y...

La Máquina Pensadora se levantó.

—Eso es todo lo necesario, señor Mallory —dijo.— Téngala retenida hasta que yo le diga que la ponga en libertad.

Mallory hizo una seña a Cunningham y Blanton, y la mujer fué llevada de allí, gritando. Hatch temblaba un poco y Dolan, no comprendiendo, se lanzó contra las barras de su celda como un animal enjaulado.

—¿Inteligente, no lo es? —gritó al ver al detective Mallory.— Pensó usted que yo iba a tratar de decirle dónde estaba el dinero, pero no lo hice, y usted nunca sabrá dónde está, ni en mil años.

Acompañado por la Máquina Pensadora y Hatch, el detective volvió a su oficina privada. Todos estaban en silencio, pero el detective miraba de cuando en cuando a los ojos del hombre de ciencia.

—Ahora, señor Hatch, tenemos el lugar del dinero averiguado —dijo la Máquina Pensadora, calmadamente.— Sírvase ir inmediatamente al apartamento y traerme el abrigo pardo que mencionó Dolan. Creo que el secreto del dinero escondido está en alguna parte en ese abrigo.

—Pero dos de mis hombres ya han registrado ese abrigo —protestó el detective.

—No importa nada —interrumpió el hombre de ciencia.

El reporter salió sin decir una palabra. Media hora después volvió con el abrigo pardo. Era una prenda de vestir ordinaria, muy gastada, y en urgente necesidad de compostura, no sólo en la rotura bajo el brazo, sino también en otros lugares. Cuando lo vió, la Máquina Pensadora sacudió la ca-

beza abruptamente, como si fuera lo que él había esperado.

—El dinero no puede estar en eso, y yo apuesto mi cabeza —declaró el detective Mallory decisivamente.— No cabe ahí.

La Máquina Pensadora le dió una mirada, en la cual había algo de lástima.

—Sabemos —dijo— que el dinero no está en el abrigo. Pero ¿no puede ver usted que es perfectamente posible que un pedacito de papel en el cual Dolan haya escrito el lugar del escondite puede estar escondido en alguna parte de él? ¿No puede ver usted que él pidió este abrigo, que no es tan bueno como el que está usando ahora, para atraer hacia él la atención de su esposa? ¿No puede ver que es la cosa precisa que él mencionó cuando sabía que de acuerdo con todas las probabilidades no se le permitiría ver a su esposa otra vez, a lo menos por largo tiempo?

Luego, costura por costura, el abrigo pardo fué reducido a pedazos. Cada pedazo fué sometido, a su turno, al más riguroso escrutinio. Nada se encontró. El detective Mallory lo consideraba todo como un esfuerzo perdido y cuando no quedaba nada del abrigo, excepto tiras de paño y forro, se sintió triunfante. La Máquina Pensadora estaba meramente pensativa.

—Fué más allá que eso —meditó el hombre de ciencia, y pequeñas arrugas aparecieron en su frente con forma de cúpula.

—¡Ah!, señor Hatch, sírvase volver al apartamento; mire en las gavetas de la máquina de coser o en el cesto de trabajo y encontrará un carrete de hilo pardo. Tráigalo.

—¿Carrete de hilo pardo? —repitió el detective.— ¿Ha registrado usted el lugar?

—No.

—¿Cómo sabe usted entonces que hay un carrete de hilo pardo allí?

—Lo sé porque el señor Hatch me lo traerá —interrumpió la Máquina Pensadora.— Lo sé por las más sencillas, las más rudimentarias reglas de lógica.

Hatch salió otra vez. En media hora volvió con un carrete de hilo pardo. Los dedos blancos de la Máquina Pensadora lo tomaron ansiosamente, y sus bizcos ojos acuosos lo examinaron. Una porción de él había sido usada; el carrete estaba medio gastado. Pero él observó, reflejando sus ojos un replandor de triunfo, que la tapa de papel en cada extremo del carrete estaba todavía en su lugar.

—Ahora, señor Mallory —dijo—, le demostraré que con Dolan la policía está tratando con un hombre que está por encima del ladrón de bancos ordinario. A su manera, es un genio. Mire.

Con un cortaplumas rompió las tapas de papel y miró a través del hoyo del carrete. Por un momento su rostro mostró sorpresa. Luego puso el carrete en la mesa, y lo miró de soslayo por un momento, en absoluto silencio.

—Debe estar aquí —dijo al fin.— Debe estar, de otra manera, ¿por qué él... por supuesto.

Con dedos rápidos principió a desenvolver el hilo. Yarda por yarda se desenrolló en su mano y, finalmente en el carrete apareció una tira blanca, una pequeña delgada hoja de papel— papel de ci-

### Programa Permanente de TODAMERICA

Los que siguen son principios básicos de la plataforma ideológica de **TODAMERICA**.

1. Formación de una conciencia continental hispanoamericana.
2. Abolición de las tarifas aduaneras entre los países hispanoamericanos.
3. Establecimiento de la ciudadanía hispanoamericana, de modo que el ciudadano de cualquier país de la América española tenga en los demás países hermanos los mismos derechos que los ciudadanos de esos países: es decir: que ningún hispanoamericano se sienta fuera de su patria en ningún país de "nuestra América".
4. Otorgamiento a la mujer de todos los derechos cívicos del hombre.
5. Restricción del voto electoral, reservándolo sólo para los ciudadanos cultos y conscientes, aparejado esto de una intensa campaña de educación integral para el niño y el adulto.
6. Conversión de la maquinaria moderna en la amiga, en vez de ser la enemiga del hombre, haciendo que a medida que la máquina vaya aumentando la producción humana, se vayan reduciendo las horas de trabajo para el obrero, sin disminuir su salario, de manera que jamás falte a nadie trabajo bien remunerado.
7. Para los niños de menos de 15 años, la escuela; no la fábrica.
8. Para los ancianos desvalidos, pensión; no asilo.